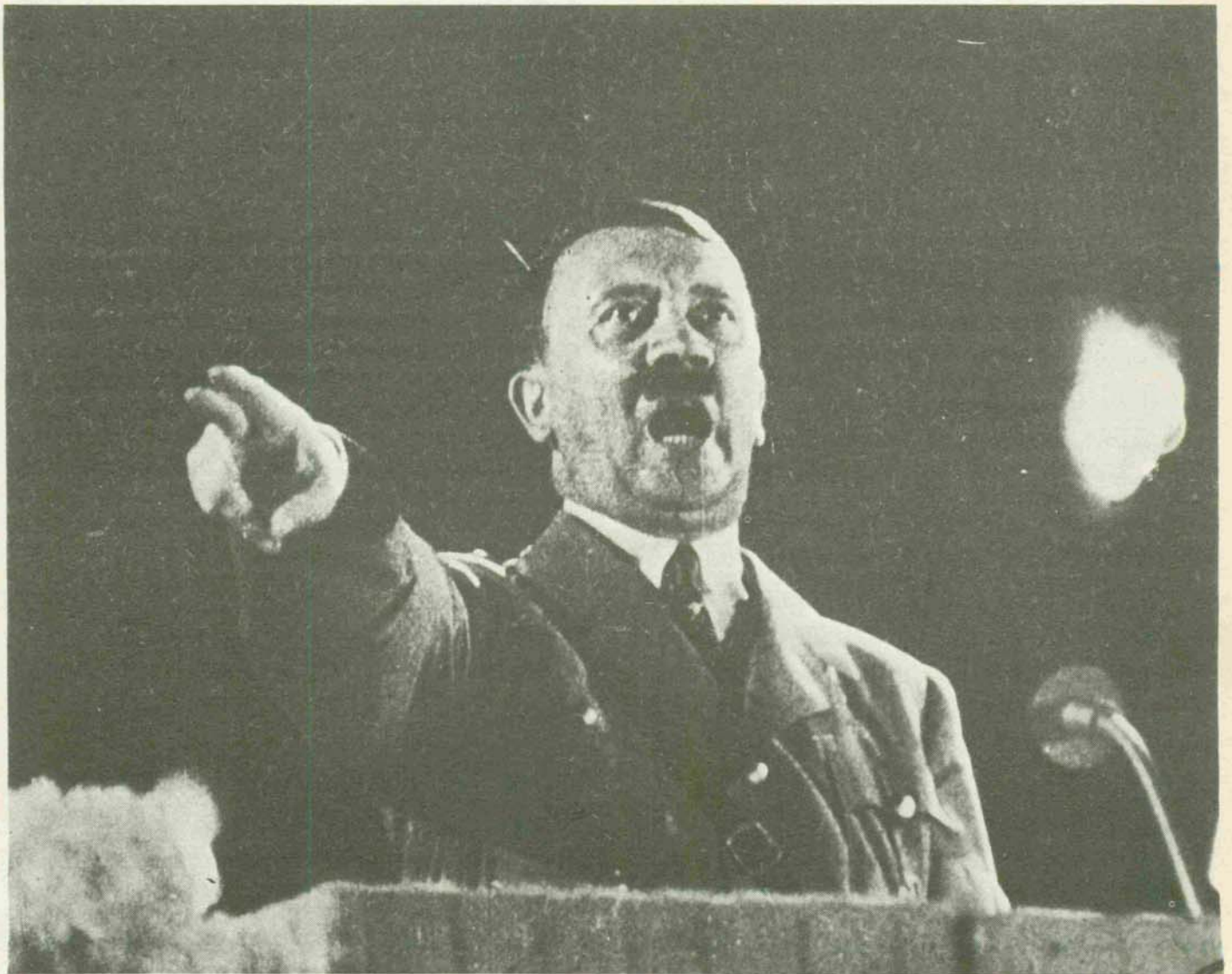


**Los lenguajes
de la derecha**

2

En la Europa totalitaria



Hitler era una especie de analfabeto político que no disponía de ninguna teoría, ni conservadora ni tampoco revolucionaria. Su fuerte era el «völkischer Gedanke», esa ideología profundamente racista que constituye la clave de «Mein Kampf».

Una entrevista con Jean-Pierre Faye

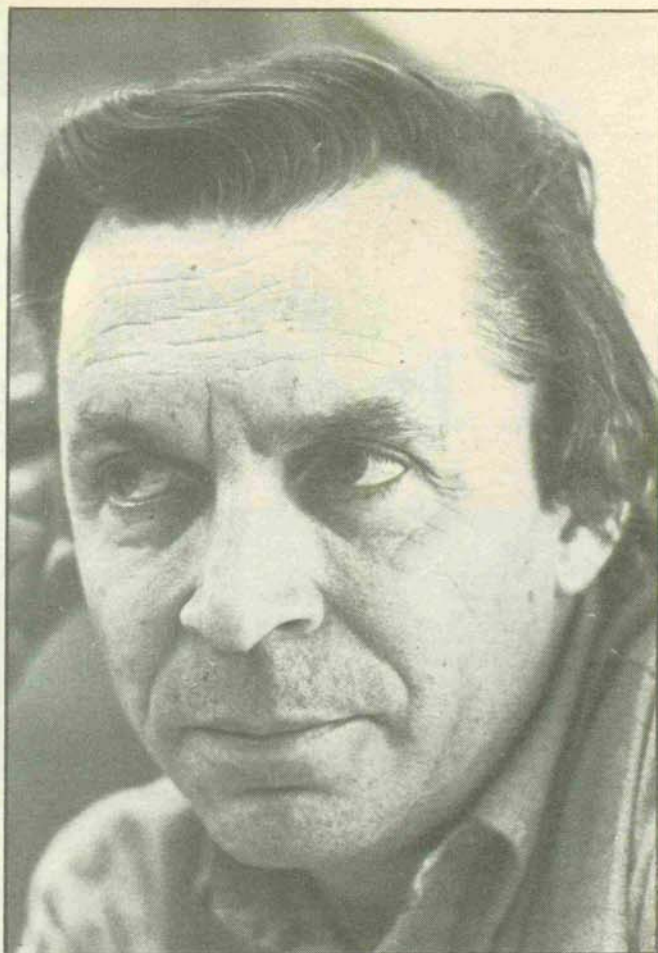
Joaquín Rábago

EX miembro del grupo «Tel Quel» y cofundador en 1968 —año por antonomasia revolucionario— del colectivo «Change», desde el que lanzaría con sus compañeros un resonante manifiesto transformacionista, Jean Pierre Faye es autor, entre otros libros, de una «Teoría del relato» y de un voluminoso y documentado ensayo en torno a los «lenguajes totalitarios» de la Europa de los años treinta.

Inspirándose a un tiempo en la «crítica de la economía política» de Marx y en las teorías lingüísticas de Noam Chomsky, J. P. Faye elabora en «Los lenguajes totalitarios» toda una gramática de la ideología nazi y fascista a través de un análisis en profundidad de los relatos y versiones que de los hechos históricos ofrecen sus directos protagonistas. Faye trata de demostrar cómo la lucha de clases se articula en el lenguaje a través de esas «narraciones ideológicas» encubridoras de intereses y conflictos y cómo esos relatos influyen a su vez en el posterior desarrollo de los acontecimientos.

Así explica, entre otras cosas, cómo el lenguaje en apariencia revolucionario de la extrema derecha alemana proporcionará credibilidad al discurso nacionalsocialista y preparará de ese modo el terreno para la liquidación definitiva del movimiento obrero de ese país bajo el Estado totalitario hitleriano.

J.-P. Faye defiende la necesidad de una «crítica de la economía narra-



Jean-Pierre Faye: La lucha de clases se articula en el lenguaje a través de las «narraciones ideológicas» que de la Historia hacen sus propios protagonistas y que influyen de modo decisivo en el posterior desarrollo de los acontecimientos.

tiva» que combinaría —son sus palabras— una «sociología de los lenguajes» con una «semántica de la historia».

Durante la entrevista que reproducimos a continuación, realizada con motivo de una reciente visita a Madrid a invitación del Instituto Francés para pronunciar una conferencia, el profesor Faye nos comunicaría su satisfacción por el hecho de que dos de sus obras, «Los lenguajes totalitarios» (Taurus) y «La crítica del lenguaje y su economía» (Comunicación), hubiesen visto la luz en nuestro país antes incluso que en Alemania o Italia.

—¿Qué es para Vd. el lenguaje? ¿Una realidad neutra y totalmente maleable por quien la maneja? ¿Un proceso vivo que continuamente nos marca y condiciona como seres pensantes?

JEAN-PIERRE FAYE: El lenguaje es lo más transparente que tenemos. Pensamos efectivamente a través del lenguaje, mas debido a esa misma transparencia resulta muchas veces difícil percatarse de su acción constante sobre nuestras relaciones reales y concretas. Prueba de ello es que lenguajes tan peligrosos como los totalitarios pasaron, por así decir, desapercibidos en un principio.

—Puesto que ya salió la palabra. ¿Cómo definiría Vd. el lenguaje totalitario?

J.-P. F.: Sencillamente, lenguaje totalitario es aquel que utiliza el término «totalitario» en un sentido positivo, elogioso como si se tratara de una cualidad, de una especie de virtud. Hoy por hoy la palabra *totalitario* tiene, por el contrario, connotaciones peyorativas.

—¿A partir de qué momento cabe hablar propiamente de lenguajes totalitarios?

J.-P. F.: Hay un lenguaje totalitario que comienza propiamente con el discurso mussoliniano. Ahora bien, no coincide con sus primeras apariciones públicas, ni siquiera con el surgimiento del fascismo, sino que tiene su punto de origen preciso en el año 1925. A partir de ese momento, el lenguaje totalitario se propagará por los países latinos: Francia, España, para pasar luego a Alemania. En Francia el término *totalitario* será utilizado elogiosamente por una cierta derecha de origen maurrasiano y cuyo órgano de expresión será la «Revue d'Occident». Frente a él surgirá un lenguaje desmitificador que tratará de llevar a cabo una

crítica coherente del fascismo, que intentará, esto es, desmontar el carácter opresivo de ese nuevo discurso. Pasará, sin embargo, algún tiempo antes de que se llegue a comprender el verdadero alcance de la palabra «*tòtotalitario*». Ni siquiera los intelectuales más conscientes, por ejemplo, en Francia los escritores agrupados en torno a Bataille y Breton, se percatarán plenamente de lo que está fraguándose en torno suyo.

—El lenguaje totalitario sería entonces anterior al Estado totalitario. ¿Cabría decir que le prepara el camino?

J.-P. F.: En el caso de Mussolini está muy claro que en cierto sentido el lenguaje anuncia lo que va a ocurrir después. Esto no quiere decir, sin embargo, que el fascismo no existiese ya en el momento en que Mussolini emplea por vez primera la palabra *totalitario*. Por otra parte, el término «fascista» es también un invento lingüístico un tanto extraño. Se trata de una improvisación de Mussolini a partir de la palabra «fascio»,

que en la Italia del siglo XIX tenía un sentido más bien de izquierda. Servía efectivamente para designar a los grupos de campesinos rebeldes en Sicilia. A partir de 1915, Mussolini lo aplicará a los grupos «intervencionistas», esto es, partidarios de la intercesión italiana junto a los aliados, Francia e Inglaterra, en la P. G. M. Hasta ese momento, pues, la palabra tiene connotaciones democráticas.

En 1919, sin embargo, Mussolini funda el «fascio di combattimento» y a partir de entonces el vocablo cobra un sentido ambiguo. Dos años más tarde, en un contexto de lucha de clases extremadamente violento, la palabra «fascismo» ocupa su posición ideológica definitiva en el tablero.

Estamos en el comienzo de la gran crisis económica mundial. Al gran movimiento obrero de años anteriores sigue de pronto una notable recesión en la que los fascistas aparecen ya como rompedueñas, como una especie



El lenguaje de la «feroz voluntad totalitaria» a la que aludirá Mussolini en el congreso del Partido Nacional Fascista, preparará el camino para las instituciones propiamente totalitarias.

de milicia privada que trabaja a las órdenes de las fuerzas económicas más conservadoras. El partido fascista se constituye en el marco de esa gran recesión social y aparece como un movimiento que utiliza de modo sistemático la violencia de las armas para destruir los locales de reunión de los obreros.

Sin embargo, ni siquiera cuando Mussolini se haga finalmente con el poder, podrá hablarse todavía de Estado totalitario, pues subsiste una extraña coalición en la que figuran algunos liberales y conservadores.

El lenguaje fascista de entonces no es todavía propiamente totalitario. Es un lenguaje de violencia y autoridad en el que se aprecia una ambigua mezcla de discurso reaccionario y cierto pathos revolucionario. Será el 25 de junio de 1925



El punto de partida del nuevo lenguaje mussoliniano es el asesinato del diputado Matteotti por los fascistas el 10 de junio de 1924.

cuando se pronuncie por fin la palabra «totalitario». En el discurso de clausura del primer congreso del Partito Nazionale Fascista, celebrado en el teatro del Augusteo, Mussolini se referirá en efecto a su «feroce voluntaria totalitaria». La fórmula operará como una especie de consigna. Durante las semanas siguientes serán prohibidos todos los partidos y grupos de oposición, tras lo cual les tocará el turno a los que han colaborado hasta ese momento con el movimiento fascista. La idea de partido único será, por otro lado, justificada en ese mismo discurso como una realidad de pleno derecho.

Así, ese lenguaje de la *voluntad totalitaria* prepara el camino a las instituciones propiamente totalitarias, como también precede al restablecimiento de la pena de muerte, que había sido suprimida en Italia a principios de siglo. El discurso prefigura lo que va a ocurrir, y lo hace *acceptable*. Claro que todo ello requerirá cierto tiempo. No se trata de ningún milagro del verbo. El nuevo lenguaje constituirá poco a poco una especie de campo magnético que irá invadiendo de modo imperceptible las conciencias hasta el punto de impedirles reaccionar cuando llegue el momento.

El paso siguiente será la abierta formulación del Estado totalitario, que Mussolini definirá hacia 1933 como aquél que absorbe todas las energías de un pueblo y cuyos complementos son el partido único y el corporativismo, es decir, la integración del movimiento obrero en una especie de aparato de Estado.

—Vd. se ha referido en varias ocasiones a la versión que dio Mussolini del asesinato del diputado Matteotti como a una especie de «enunciado

nuclear» que, a través de sucesivas transformaciones, serviría a la larga para justificar las horribles matanzas del «totaler Staat» hitleriano.

J.-P. F.: El punto de partida del nuevo lenguaje es, en efecto, el asesinato del diputado socialista Matteotti, que había denunciado abiertamente la violencia y el fraude de la campaña electoral de los fascistas. Resulta interesante ver cómo Mussolini da sucesivamente tres versiones distintas de ese mismo hecho. La primera es la que sigue inmediatamente a la noticia de la desaparición de Matteotti el 10 de junio de 1924. Dirigiéndose a la Cámara de Diputados Mussolini explica que en el caso hipotético de que se tratara de un crimen, provocaría la indignación del gobierno. Con tales palabras, Mussolini parece declarar su inocencia. Algunos meses más tarde, sin embargo, el 3 de enero de 1925, después de que las «squadre di azione» —los activistas del fascismo— marcharan sobre Roma para presionar sobre el jefe de gobierno, que estaba a punto de dimitir, Mussolini ofrecería su segunda versión de lo sucedido: «Si el fascismo es una sociedad de malhechores —declaró en aquella ocasión— yo soy su jefe». Mussolini sigue hablando, pues, en condicional; al mismo tiempo, no obstante, parece dispuesto a asumir la responsabilidad plena de lo ocurrido si es que de verdad se trata de un crimen como muchos sospechan. Significativamente, esa misma noche se enviarán telegramas a todos los prefectos de Italia con órdenes de detener a los jefes de la oposición. Al mismo tiempo, se decretará la suspensión de diversos periódicos.

Vemos aquí claramente cómo el discurso ha precedido a la acción y la ha hecho *acceptable*,



El Estado totalitario de Mussolini y su filósofo Gentile se autodefine al propio tiempo como un Estado ético. Junto a estas líneas, mitin fascista en Milán para celebrar el Eje Roma-Berlín.

provocando una especie de parálisis en la opinión pública y en la esfera del poder que podía haber jugado un papel arbitral: la monarquía de Saboya.

La tercera versión del asesinato de Matteotti data del 22 de junio de ese mismo año. En esta nueva ocasión, Mussolini declarará sin ambages: «La nostra feroce volontà totalitaria sarà perseguita con ancora maggiore ferocia» (Proseguiremos con mayor ferocidad si cabe nuestra feroz voluntad totalitaria), lo que equivale a decir: el asesinato de Matteotti es una realidad feroz y yo —Mussolini— me declaro autor de ese crimen.

Cada una de las tres versiones estaba destinada a un público distinto: la primera iba dirigida a los prudentes y honorables miembros de la Cámara de diputados, entre los que había algunos conservadores y liberales.

La segunda, a los activistas del fascismo. La tercera versión es una especie de amal-

gama de las dos anteriores —conservadora y a la vez pseudorrevolucionaria en su formulación.

La asunción en última instancia de toda responsabilidad en el asesinato de Matteotti significa claramente que la veda queda abierta para este tipo de crímenes. El asesinato de un solo hombre puede parecer hoy insignificante comparado con las grandes masacres del siglo; sin embargo, su reconocimiento público por un jefe de gobierno le confiere una importancia decisiva. Es, en efecto, la primera vez en el siglo XX, al menos en Europa occidental, que se asume abiertamente esa especie de ferocidad como actitud ética. Porque el Estado totalitario de Mussolini y de su filósofo Gentile se autodefine al propio tiempo como un Estado ético.

—¿Qué ocurre mientras tanto en Alemania? ¿Cabe hablar de un proceso semejante aunque con el ingrediente importantísimo del racismo?

J.-P. F.: En Alemania el término «totalitario» va a encontrar puntual traducción en la obra del jurista Carl Schmitt.

A partir de 1931, Schmitt discutirá en efecto claramente del «totale Staat». El propio Hitler adoptará este término en 1933, cuando, en el Congreso de Juristas alemanes celebrado en Leipzig, defina el «totale Staat» como el Estado que no tolera ninguna diferencia entre el derecho y la moral. Esta frase de significado cuando menos ambiguo será reproducida al día siguiente por los periódicos alemanes sin que suscite, no obstante, ningún comentario. Más adelante, los nazis encontrarán la expresión excesivamente latina y la germanizarán traduciéndola por «völkische Ganzheit» (totalidad étnica o racista).

En cualquier caso, las discusiones en torno al «Totaler Staat» se desarrollan en el sector más a la derecha de la propia derecha alemana, es decir, el que componen los



En el fascismo y el nacionalsocialismo, el movimiento de masas debía ser utilizado contra las propias masas. Se trataba de aniquilar así, mediante el recurso a un lenguaje pseudorrevolucionario, las organizaciones del movimiento obrero.

llamados «jungkonservativen» (neoconservadores). Porque existe al mismo tiempo una especie de franja izquierda dentro de esa extrema derecha integrada por los «National-revolutionäre» (o «Nationalbosscheviken», como eran también conocidos), cuya máxima figura es el escritor Ernst Jünger. De este último es otra fórmula que alcanzó gran éxito: la de «totale Mobilmachung» (movilización total). Entre los «nacional-revolucionarios» había muchos ex activistas de la brigada Ehrhart, que había sido disuelta tras el fallido putsch de Kapp en 1920, pero que no había llegado a desaparecer realmente, pues daría más tarde origen al Wikingbund. Los antiguos militantes de la brigada que seguían guardando en casa sus armas

se afiliaron posteriormente al partido nacionalsocialista de Hitler.

—¿Qué fuerzas sociales respaldan a los «nacional-revolucionarios» y a los «neoconservadores»?

J.-P. F.: Los «neoconservadores» acuden puntualmente a cenar todos los martes al llamado «Herrenklub» (club de señores), lugar habitual de reunión de la alta sociedad alemana. Conviene recordar que el Senado de la Prusia anterior a Weimar se denominaba precisamente «Herrenhaus». Pues bien, el Herrenklub llevaba camino de convertirse en una especie de segunda cámara capaz de gobernar al margen de la cámara de representantes. El Herrenklub funciona, en efec-

to, como un importante grupo de presión, como un enorme «lobby».

No deja de ser significativo que el penúltimo gobierno de la República de Weimar lo presidiese precisamente un miembro del Herrenklub: von Papen. Será precisamente von Papen quien prepare el terreno, proporcionando *acceptabilidad* a las futuras instituciones políticas del Tercer Reich. El día del incendio del Reichstag, Papen e Hindenburg se encuentran cenando en el Herrenklub. Por otro lado, von Papen conocerá a Hitler en casa de otro miembro del club, y será allí, en el Ruhr, cerca de Bad Godesberg, donde el 4 de enero de 1933 se tome el acuerdo definitivo para el gobierno que se constituirá el treinta de ese mismo mes.

—¿Cómo van a insertarse los hombres de Hitler en el «Nationale Bewegung»?

J.-P. F.: Los hitlerianos comenzaron siendo un grupúsculo. Sin embargo, crecerían de modo insospechado a base de drenar el lenguaje de toda esa derecha del «Nationale Bewegung» (Movimiento Nacional), término que, como sabemos, engloba a toda esa serie de partidos, grupos y facciones paramilitares —como los «cascos de acero»— que están a la derecha del partido conservador clásico, el llamado Deutsche Nationale Volkspartei, que es, bajo otra denominación, el antiguo partido de Bismarck. Porque Hitler es de hecho una especie de analfabeto político que no dispone de ninguna teoría, ni conservadora ni tampoco revolucionaria. Desconocía totalmente el pensamiento de un Marx o de una Rosa Luxemburgo. Su fuerte era el «völkischer Gedanke», esa especie de ideología racista que nace con los movimientos alemanes antisemitas de 1880 y que a partir de 1900 sustituye la palabra antisemita por el término, bastante más ambiguo, de «völkisch», derivado de «Volk», pueblo.

Tal ideología racista es la clave del lenguaje político de «Mein Kampf». En él Hitler se refiere constantemente al «Völkischer Staat», sin que en ningún momento nos explique qué instituciones políticas tiene in mente. Lo interesante del caso es que al hablar casi con exclusividad el lenguaje «völkisch» (ético-racista) y al no interesarle el resto, Hitler entra como un sonámbulo en un campo polarizado por la pugna entre la derecha y la izquierda, y dentro de la misma derecha, por un ulterior conflicto entre «neoconservadores» y «nacional-revolucionarios».

Hitler tuvo, sin embargo, la suerte de tropezar con Goebbels, que procedía de la órbita del lenguaje nacional-revolucionario, hombre fascinado por el grupo de Jünger —en el que militaba también Otto Strasser— y que había calado en la problemática de la clase obrera del Ruhr, algo que Hitler desconocía por completo.

Goebbels poseía un lenguaje «nacional-revolucionario» destinado a las masas urbanas modernas y no a los parroquianos de las cervecerías munitenses. Frente a él, Goering manejaba más bien el lenguaje del Herrenklub, del que era miembro. De ese modo, Goebbels y Goering serían las antenas a través de las cuales conectase Hitler por un lado con las masas obreras del Ruhr y por otro con los grandes industriales y la nobleza terrateniente del Este.

El lenguaje antisemita de Hitler será como el cemento que una los polos opuestos. Pues ¿cómo hablar al mismo tiempo a los archirreaccionarios latifundistas prusianos y a los obreros parados de las grandes ciudades industriales, muchos de los cuales habían militado en los sindicatos de la izquierda?

Culpando de la situación económica al capitalismo judío, Hitler desviaba la atención de los grandes industriales del acero —los Krupp o los von Thyssen, ninguno de los cuales era precisamente semita—, mientras que daba satisfacción al mismo tiempo a los viejos chauvinistas y reaccionarios de la derecha.

Tengamos en cuenta que el partido «völkisch» propiamente dicho no consigue en 1924 ni el 1 % de los votos emitidos. La clave del éxito posterior estriba en que ese lenguaje racista se introduce de pronto en una polaridad que lo amplifica y propaga por todo el cuerpo político.

Para comprender este fenómeno de captación resulta útil la imagen propuesta por los amigos de Jünger. Estos representaban el campo político como una herradura. Como en un oscilador electromagnético, el polo de la extrema derecha comunicaría con el auténtico polo revolucionario, es decir, la extrema izquierda, cuyo lenguaje se apropiaría en beneficio de las fuerzas más reaccionarias.

Como vemos, el análisis de un determinado discurso ideológico no es de ninguna manera una operación arqueológica, al margen de la historia, sino que nos permite comprender mucho más cabalmente todo un proceso que opera al nivel de las masas humanas.

Resulta hoy difícil saber, por ejemplo, cómo pensaba un parado en 1932. No obstante, analizando los textos de los panfletos y octavillas que entonces circulaban, podemos explicarnos la actitud del obrero alemán que, al salir de la oficina de desempleo de su ciudad, podía vacilar entre un hombre con el brazalete del Frente rojo y otro con el de las SA.

—En su libro sobre los orígenes del totalitarismo, Hannah Arendt parece medir por el mismo rasero los fenómenos estalinista y nazi. ¿No se trata de una simplificación imperdonable? Porque mientras que el totalitarismo está inscrito en la propia raíz del nazismo —o el fascismo—, en el caso del régimen estalinista se trataría más bien de un crecimiento anormal, de una especie de cáncer...

J.-P. F.: Hannah Arendt tenía razón en cierto sentido, pero no supo ver lo esencial. Tal vez porque vivió simultáneamente el recuerdo del terror nazi y la realidad de los procesos estalinistas en Europa oriental.

Lo que no comprendió, sin embargo, Hannah Arendt es que el Estado totalitario fascista, y sobre todo nazi, capta a las masas a través de una ideología que es paradójicamente de odio a las masas.

Esto es algo que vio con claridad otro emigrado a los Estados Unidos, también antifascista y amigo de Hannah Arendt, pero que sigue siendo casi un desconocido. En un libro escrito en alemán en 1932 —y que no ha sido traducido nunca—, Waldemar Gurian explicaba en efecto que el totalitarismo fascista era un movimiento de masas dirigido contra el concepto mismo de soberanía del pueblo.

La ideología *totalitaria* se opone consciente y explícitamente a la soberanía de todos y utiliza a las masas contra ellas mismas. Esto lo vemos claramente a través de las pu-

blicaciones del Jungkonservativenklub, y también del Herrenklub.

Se trataba de constituir un movimiento de masas capaz de aniquilar a las organizaciones del movimiento obrero, en su mayoría de tendencia socialdemócrata. Ese movimiento de masas debía servir para dominar y controlar a las propias masas.

Mussolini lo explicó perfectamente al hablar de un partido que gobierna «totalitariamente». Era la primera vez que se anunciaba de modo abierto y explícito.

—Hoy en día, sin embargo, parece como si no hubiera otro totalitarismo que el de la izquierda y más concretamente el comunista. Es algo que se nos repite machaconamente desde el Poder...

J.-P. F.: Hoy en día se atribuye

equivocadamente el totalitarismo a ese sistema por culpa del estalinismo. Sin embargo, existe un texto fascista que data de 1938 y que merece ser recordado porque es muy preciso a este respecto. Se publica en la revista «Lo Stato» en abril de 1938 con motivo de un Congreso en torno a la raza y el derecho, en el que participaron juristas alemanes e italianos: «—E merito del fascismo, se decía en aquel texto (...) quello di avere definito per il primo il concetto totalitario dello stato, dello stato popolo», es decir, del Estado que absorbe todas las energías del pueblo.

Durante los años cincuenta se sospechaba ya lo que había ocurrido en los campos de concentración soviéticos. Ahora bien, sólo después de que Jruschov permitiera la publicación de «Un día en la



El estalinismo contradice las bases mismas en las que se asienta el Estado soviético. Por ello las escandalosas disonancias que se dan entre la teoría y la práctica en los actuales regímenes comunistas exigen una crítica constante. En la foto, Stalin en el Kremlin.

vida de Ivan Denisovich», en 1962, a instancias de Tvardovski, se pudo verificar por fin lo que hasta aquel momento no habían sido más que sospechas.

Hannah Arendt se mostró especialmente sensible a las analogías entre el universo concentracionario de uno y otro sistema. Para ella no existían diferencias entre Buchenwald y Karaganda, por ejemplo.

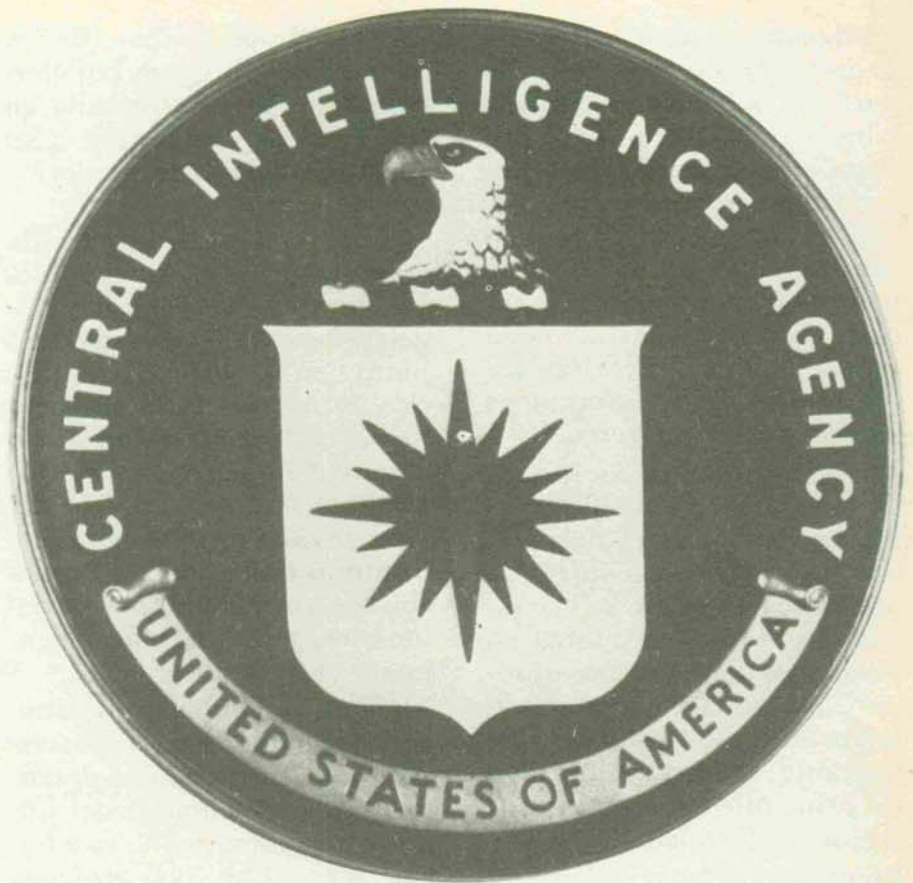
Sin embargo, nada más engañoso que asimilar los procesos que condujeron a la existencia de ese tipo de campos.

El proceso que lleva al estalinismo es completamente distinto del que aboca en el régimen totalitario de Hitler. El régimen soviético nace, en efecto, con unas perspectivas liberadoras consistentes en prolongar y realizar plenamente la idea de soberanía popular.

No en vano Marx había criticado a Hegel por no haber aceptado esa noción de soberanía del pueblo. Marx dejó escrito que las grandes revoluciones fueron siempre del poder legislativo: el «long parliament» inglés, la convención norteamericana de Philadelphia o la Asamblea de la Convención en Francia.

Las pequeñas revoluciones —como él las llama—, las de carácter retrógrado son siempre revoluciones del ejecutivo. Baste citar como ejemplo la de Luis Napoleón. Esas revoluciones son en realidad golpes de Estado mediante los cuales el ejecutivo se apropia la soberanía del pueblo.

La revolución soviética prolonga, en sus raíces mismas, el movimiento de liberación de los pueblos. Así el nuevo Estado aceptó plenamente la idea de autodeterminación, aunque sólo la llevó a la práctica una vez con Finlandia.



En USA, un lenguaje aparentemente democrático está sirviendo de hecho para camuflar una sistemática operación exportadora de fascismos en la que la CIA es una pieza clave.

Por otro lado, los bolcheviques suprimieron también la pena de muerte, aunque más tarde volvería a establecerse y se haría amplio uso de ella.

El gobierno de Lenin se consideraba además responsable ante el congreso de los soviets, es decir, ante una instancia elegida directamente por el pueblo. En un principio tenía la intención de responder ante la Asamblea constituyente. Sin embargo, ésta había sido elegida antes de octubre —los bolcheviques no habían tenido tiempo de hacer una campaña electoral— y la Asamblea tenía una composición prerrevolucionaria.

De ahí que, desde el fondo de su prisión en Alemania, Rosa Luxemburgo diese la razón a Lenin y a Trotski por haber

disuelto el órgano legislativo, aunque acto seguido los criticara por no haber hecho una nueva campaña a fin de reunir otra asamblea, en la que pudiera hacerse oír la oposición. Como dice Rosa Luxemburgo, la libertad supone siempre la libertad de aquellos que defienden opiniones distintas de las nuestras. Por otra parte, si el partido bolchevique se convierte en partido único después de julio de 1918, será contra su propia voluntad. Los bolcheviques habían pedido a los socialistas revolucionarios de izquierda que compartieran el poder con ellos. Sin embargo, como sabemos, los socialistas, en desacuerdo con la paz firmada con el ejército imperial alemán, trataron de dar un golpe

antibolchevique, que fracasó. A partir de ese momento, el partido bolchevique gobernará solo. En adelante se falseará en cierta manera el concepto de soberanía del pueblo, puesto que en las listas figurará un solo candidato. Y el hombre que elabore las listas para el propio partido será también quien confeccione las destinadas a las elecciones para el Soviet Supremo.

Así, un partido que nació para dar la palabra al pueblo, a las masas, tendrá a su cabeza un hombre que, como ya había previsto Lenin en su testamento político, concentra en sus manos un poder casi absoluto. Sin embargo, y esto es lo importante, todo ello está en flagrante contradicción con los principios sobre los que se asienta el Estado soviético.

En el caso del nazi-fascismo, por el contrario, el Estado totalitario no hace sino realizar plenamente unos principios abiertamente anunciados y repetidamente afirmados por sus representantes. El Estado fascista no tiene, pues, posibilidad alguna de evolucionar en sentido democrático, mientras que este no es el caso del Estado soviético.

Las escandalosas contradicciones que se dan entre la teoría y la práctica en los actuales regímenes comunistas exigen una crítica interna que debe proseguir sin descanso. Crítica que, por otro lado, tiene muchas posibilidades, sobre todo en aquellos países en los que todavía no existe ese tipo de Estado.

—La palabra totalitario tiene hoy, como Vd. dijo al principio, connotaciones negativas. Sin embargo, existe un lenguaje que prolonga en cierto modo, aunque sea de manera camuflada, el nazifascista. Es el lenguaje que ha denunciado el lingüista Noam Chomsky

en sus «Blood Baths» (Baños de Sangre), libro que, por cierto, no ha sido autorizado en los Estados Unidos (1). ¿No resulta todo ello revelador?

J.-P. F.: Se trata de una ironía —trágica ironía— de la historia. Una democracia que Engels presenta como modelo junto con la suiza en la «Crítica del programa de Erfurt» ha acabado convirtiéndose en el mayor imperio de la tierra. Un imperio que es por lo demás invisible, que no tiene fronteras físicas como ocurría con los antiguos imperios coloniales, y que habla un lenguaje muy curioso.

Al igual que hice yo mismo con los lenguajes nazi y fascista, Chomsky tratará de descubrir cómo el lenguaje del imperio norteamericano va a hacer aceptables las acciones más sangrientas. Cómo una democracia que es en sus principios anticolonialista y antiimperialista ha acabado segregando una poderosa ideología *imperial*, según la califica el propio Chomsky.

Este tipo de discurso *imperial* es el que hablan los generales del Pentágono, el que utilizan las revistas de defensa nacional.

En estas publicaciones vemos asomar de pronto una curiosa expresión: «Total war» (guerra total), que evoca el discurso nazi de los años treinta. Existe incluso un libro del general Ludendorf con ese título: «Der totale Krieg». Esa misma expresión la emplean las revistas norteamericanas para referirse al empleo de tal o cual arma de destrucción masiva, como las utilizadas sistemáticamente en el Vietnam.

(1) «Baños de Sangre», de Noam Chomsky y E. S. Herman. Prólogo de Jean-Pierre Faye. AQ Ediciones. Madrid 1976.

Pero veamos cómo ese lenguaje disfraza la realidad hasta hacerla irreconocible. En el título de uno de los programas dirigidos por William Colby, el llamado CORDS, que se llevó a cabo en el Vietnam, aparecía la palabra «Revolutionary». Las siglas correspondían a «Civil Organization and Revolutionary Development Support». La potencia imperialista se apropiaba así del lenguaje de su adversario. Más tarde, acaso porque la palabra «revolutionary» podía ser un arma de doble filo, se la sustituyó por otra mucho más inocente, «rural», que camuflaba mucho mejor las operaciones de etnocidio incluidas en el programa.

En cualquier caso, el discurso ideológico propagado a través de los *mass media* va a hacer aceptables auténticas masacres, aceptables hasta el punto de que van a ser televisadas y abiertamente discutidas.

—¿Cómo explicar que en el mismo país en el que estalla un escándalo como el Watergate no se permita, sin embargo, a un científico comprometido como Noam Chomsky publicar su libro?

J.-P. F.: Ocurre que el libro de Chomsky no se queda en lo accidental como puede, ser, a pesar de todo, el affaire Watergate, sino que va al fondo mismo del proceso que subyace al discurso imperialista. Conviene precisar, por otro lado, que el libro no ha sido objeto de censura estatal, sino privada. El propio Chomsky habla de «corporate censorship». Quien ha impedido la distribución del libro ha sido precisamente el grupo que controlaba la pequeña editorial que imprimió el libro. Tras discusiones y vacilaciones que duraron varios meses,

la Warner Brothers, grupo dedicado preferentemente a la comunicación de masas (posee cadenas de TV, compañías cinematográficas y discográficas, etc.) decidió acabar con la editorial, la «Warner Modular», despidiendo a todo su equipo. Hoy su antiguo director, Claude McCaleb, trabaja como taxista en Boston. Está claro que lo que el sistema no puede tolerar es que se critique, que se pongan en tela de juicio los fundamentos mismos de su discurso ideológico. Todo intento de sacar a la luz ese entramado profundo provocará reacciones violentas, como demuestra el caso de «Blood Baths».

—Frente a todo eso, ¿qué hacer?

J.-P. F.: Hay que estar atentos a las transformaciones operadas continuamente dentro del lenguaje. Ver cómo el lenguaje de la democracia puede servir a una política imperial, lo que ya ocurrió, por otro lado, con la revolución francesa. En USA, a una escala infinitamente mayor y con medios de organización heredados de los Estados nazifascistas, un lenguaje aparentemente democrático está sirviendo «de facto» para camuflar una sistemática operación exportadora de fascismos. Todo el continente latinoamericano se ha convertido en zona de importación y exportación de fascismos más o menos disfrazados.

Puede que no sea casual que, tras su experiencia en el Vietnam del Sur, William Colby fuese nombrado jefe de la CIA —como ya pronosticaba Chomsky en su libro— inmediatamente antes de la intervención secreta norteamericana en Chile, que acabaría de modo sangriento con el régimen de la Unidad Popular. ■

J. R.



Jean-Pierre Faye: «Está claro que lo que el sistema no puede tolerar es que se critique o que se pongan en tela de juicio los fundamentos mismos de su discurso ideológico».